

# La evolución del entorno estratégico

RAFAEL L. BARDAJI

Profesor de Estudios Europeos (ICADE) y Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

La caída del bloque soviético en 1989 y la posterior desaparición de la URSS en diciembre de 1991 eliminó, tras cuatro décadas de guerra fría, la amenaza militar directa que sufrían los aliados occidentales, especialmente en Europa. España, aunque alejada del Frente Central, también se benefició positivamente de los cambios en el Este, pues los planes operativos del Pacto de Varsovia contemplaban nuestro suelo como una parte más del teatro de operaciones de sus misiles, aviones y carros de combate.

Producto de esta relajación en el clima político-militar fueron los meses que prosiguieron a la caída del muro de Berlín, cuando al albor de las nuevas democracias en el Este, surgieran todo tipo de teorías sobre la paz perpetua en el Viejo Continente. Los filósofos resucitaban a Kant mientras los políticos soñaban con los miles de millones detraídos de los gastos militares bajo la fórmula de los llamados "dividendos de la paz".

Cierto, la figura de Sadam Husein tras su invasión de Kuwait en agosto de 1990, ensombrecería de alguna manera la euforia de los europeos, muchos de los cuales se vieron obligados a destacar tropas al Golfo y luchar contra Iraq. Sin embargo, esa guerra fue episódica, una rara excepción alejada del corazón de la estabilidad y la seguridad, Europa.

La desaparición de la URSS y las reformas avanzadas por el líder ruso, Boris Yeltsin, en su principal heredera, la Federación Rusa, no hacían sino ahondar en ese sentimiento de progresiva complacencia.

No obstante, el espejismo de la tranquilidad permanente se derrumbaría relativamente pronto: la guerra civil en la ante-



tigua Yugoslavia; luchas étnicas y tribales en las repúblicas salidas de la URSS; golpe de estado en Argelia; crisis económica aguda; terrorismo por doquier... De hecho, el prestigioso Instituto Internacional para los Estudios Estratégicos de Londres, el IISS, decía en su informe anual que si en 1992 algo podía haber ido mal, había ido mal. Como ya hemos dicho en otra ocasión en estas páginas, 1993 puede muy bien ser calificado como el año de Murphy: una mala situación tiende inexorablemente a empeorar.

Ahora bien, el hecho de que los datos sean fragmentados, que las situaciones

afecten de desigual forma y con distinta intensidad a unos y otros, ha permitido la supervivencia de la idea de que el entorno estratégico en el que nos movemos es hoy más benigno que hace unos pocos años, restando importancia a los indicios de signo contrario. Sólo la idea de que vivimos en un mundo mejor puede justificar que se sigan recortando en términos reales el dinero que se gasta en defensa. Sin embargo, una mirada a nuestro alrededor, nos ofrece otra visión del mundo.

En primer lugar nos encontramos con un doble fenómeno en Rusia: por un lado, la erosión de la base política de las fuerzas reformadoras y del mismo presidente Yeltsin tras las elecciones de diciembre de 1993; y, por otro, la preocupante utilización que el ejército ruso está haciendo de sus misiones de paz y de interposición para reconstituir una suerte de espacio vital, próximo a sus fronteras, pero más allá de ellas, en el que se respete su voluntad y se vele por sus intereses.

Ciertamente, habrá quien no vea conexión negativa alguna entre la involución política en Moscú y la firmeza en la acción exterior rusa en su "extranjero cercano". Tal vez sea prematuro hablar de la reconstrucción de un cierto imperio post-soviético. Pero cabe recordar un hecho significativo: la Rusia débil de hoy ha conseguido algo

que nunca logró la URSS poderosa de ayer: ejercer un veto efectivo sobre la decisión de la OTAN acerca de la incorporación de los países centroeuropeos, antiguos satélites del Kremlin.

Igualmente habrá a quien el tema de Rusia le parezca demasiado lejano o grande para España. Desgraciadamente, las fuerzas residuales rusas, esto es, lo que le correspondió como herencia de la URSS, pueden resultar tan destructivas que ni siquiera la Península Ibérica quedaría al margen de lo que con ellas Moscú hiciera. Bien por solidaridad y compromiso con el orden internacional,

bien porque nos viéramos arrastrados a la vorágine de un conflicto. Sigue ostentando tanto poder militar Rusia que, en este terreno, poca diferencia hay respecto a la URSS. Sólo su naturaleza política es diferente. Y eso, está de nuevo cambiando.

En segundo lugar, los nacionalismos no se han acallado. Ciertamente, es posible que el ultimatum de la OTAN en torno a Sarajevo y que las acciones de castigo autorizadas por la ONU contra diversas posiciones de los serbios-bosnios en el cerco de Goradze lleven a pensar que el momento de los hipernacionalismos violentos están tocando su fin. Igual podría afirmarse de los conflictos étnicos que han sacudido durante 1992 y 1993 parte de la antigua Unión Soviética, particularmente en Georgia y en Armenia, lugares donde hoy las tropas rusas cumplen un papel de fuerzas pacificadoras.

Sin embargo, a la vez que estos hipernacionalismos superviolentos y radicales han puesto en guardia a casi todos en contra de su barbarie, no es menos cierto que por doquier las fuerzas de la disgregación siguen activas. Se puede contener los tanques serbios, pero es imposible combatir el "fenómeno Bosisi", esto es, el crecimiento de fuerzas sustancialmente rupturistas del orden tradicional de los Estados. Ciertamente, si Ucrania llega a romperse por decisión de la importante minoría rusa que allí vive, será un fenómeno específico, sin parangón posible en ninguna otra zona; si Bélgica se fragmenta por la creciente intransigencia e incompatibilidad de flamencos y valones, también será un acontecimiento de raíces y características particulares. Pero cuando milaneses, galeses, escoceses, bretones y corsos anuncian sus deseos independentistas, queda un poso común que va más allá de la mera táctica política de sus respectivas situaciones. Una vez abierta la cuestión nacional, queda abierta para quien quiera.

En tercer lugar, la evolución en el Norte de África apunta al establecimiento de regímenes islamitas de corte fundamentalista en importantes países de la zona. Por un lado, la interrupción del proceso democrático hace dos años en Argelia, a fin de impedir el triunfo del Frente Islámico de Salvación (FIS), no ha hecho sino empeorar progresiva-

mente la situación, habiendo llevado al país a una espiral de represión y violencia que está cobrando el aspecto de una nueva guerra civil. Por otro lado, en los vecinos de Argelia las fuerzas islamitas ganan terreno y la represión tiene pocos visos de resolver su emergencia, especialmente en Libia, donde el Coronel Gaddafi encuentra un potencial sucesor en el islamismo más que entre los militares nacionalistas.

Es verdad que el fundamentalismo radical encuentra su raíz en la situación de pobreza económica y en el descontento social de una población que sigue creciendo a un ritmo alto. Pero la esperanza de que con ayuda económica se invertirá la tendencia de crecimiento de estos grupos es ya más bien un espejismo. Se ha acabado el tiempo. Más bien se trata de determinar si será moderado el régimen islamita en Argel.

Ahora bien, sea cual sea la voluntad o las intenciones de un régimen islamita, el mero hecho de una transición desordenada pondría en peligro la estabilidad global de la zona. ¿Qué ocurriría si se detuviese durante 10-12 semanas el suministro de gas a Europa simplemente porque los técnicos encargados de las instalaciones hubiesen huído a Francia? Es más, el fundamentalismo es un movimiento que se autoalimenta, lo que puede llevar a posiciones inesperadas y de consecuencias más negativas de las que se podían esperar al principio. Por poner un ejemplo de lo más benigno, pero no sin consecuencias, el actual gobierno argelino, presa de su retórica nacionalista ha anunciado la extensión de sus aguas territoriales más allá de la tradicional franja de 6 millas, comiéndole terreno a nuestros pesqueros y poniendo trabas al libre tránsito marítimo.

De la misma forma, ¿qué influencia ejercería un FIS en el poder en Argel sobre sus hermanos de religión en los países vecinos, particularmente Túnez y Marruecos?

El problema del fundamentalismo se complica aún más cuando se observa sobre el telón de fondo de la proliferación de armas de destrucción masiva en la zona. China y Corea del Norte son proveedoras de ayuda técnica y militar a Argelia y Libia. Y la posibilidad de que armamento de la antigua URSS llegue a la zona no es baladí. Del ansia de Gaddafi por tener un arma atómica se

sabe mucho, de la evolución del programa nuclear argelino se conoce públicamente menos y el hecho de que el caos social derivado del auge del fundamentalismo haya retrasado ese programa ha rebajado notablemente la ansiedad occidental. Aunque los problemas para el futuro siguen presentes.

Para España, además, la situación en África se complica, pues el futuro de Ceuta y Melilla como plazas de soberanía española ha vuelto a ponerse en cuestión de manera pública. A principios de marzo, el rey Hassan II de Marruecos transmitía a su pueblo en un mensaje televisado y radiado su deseo de que las dos ciudades fueran devueltas por los españoles. Apenas un mes más tarde, volvía sacar el tema en unos actos conmemorativos en Tetuán. El monarca marroquí reclamaba esta vez un diálogo y una reflexión conjunta con los españoles sobre el futuro de las dos plazas en Marruecos.

Ciertamente, la actitud del Rey es dialogante, y para muchos no pasa de ser una mera táctica para forzar a España a un mayor apoyo a Rabat en su anexión del Sahara y el tema del referéndum en esa zona. Sin embargo no deja de resultar preocupante que el tema de la españolidad de Ceuta y Melilla dependa de los avatares de la dinámica política doméstica de Hassan. Particularmente en un momento en el que su vecina Argelia se dirige al desastre y en el que Marruecos queda como el único bastión de contención del fundamentalismo ante los ojos occidentales.

Es más, si bien la situación actual del monarca le permite garantizar una estabilidad política suficiente, las fuerzas de oposición, religiosas y laicas, pueden plantear problemas en el futuro. Es más, si la situación del Sáhara se resuelve positivamente para Rabat, como todo parece indicarlo, ¿qué va a ocurrir con todo un ejército ahora entrenado en el desierto?

Ni el nacionalismo antiislámico, ni la necesidad de conducir un movimiento religioso hacia cauces moderados, despejan la posibilidad de que Ceuta y Melilla pasen de ser un argumento siempre presente, pero retórico, y se conviertan en un objetivo político.

Y tal vez lo más grave sea que en nuestro país, un escenario donde el futuro de las dos ciudades se juegue en una relación conflictiva, es un tabú polí-

tico que nadie quiere plantearse seriamente. La confianza hoy se deposita en crear una seria dependencia marroquí de la economía española. Desgraciadamente, la interdependencia, gracias a una hábil diversificación conducida magistralmente por Hassan, ha vuelto cada vez más importante a su país ante el resto de los europeos, en lugar de hacerlo más sensible a España.

Un quinto factor que agrava nuestra situación estratégica es la caída, a veces dramática, del esfuerzo en defensa realizado por muchos de nuestros aliados. El Reino Unido se está planteando rebajar su gasto a algo menos del 3% del PIB para 1998, a la vez que recortar sus niveles de fuerzas en un 30%; Francia tiende a acercarse al 2'5% de su PIB en defensa, más que al 3% y sus fuerzas están pasando en estos momentos por una severa reestructuración; en los demás países del continente la tendencia es similar. Y los EEUU, de proseguir con los planes de Clinton para el Pentágono, serán muy pronto incapaces de montar una operación como la Tormenta del Desierto.

Inmersos en esta dinámica de desarme espontáneo, los planes de la OTAN de crear cuerpos de reacción rápida multinacionales o de constituir agrupaciones tácticas combinadas y conjuntas (Combined Joint Task Forces) se enfrentan a una terrible carencia de recursos y, por ende, a serias deficiencias en sus medios.

Europa se benefició en las décadas pasadas del compromiso y las capacidades militares norteamericanas. En el Golfo, la situación no fue muy distinta. España, a su vez, con una contribución muy marginal a la seguridad colectiva pudo sacar ventajas del esfuerzo defensivo de los demás. Con la caída de las capacidades ofensivas generales de nuestros aliados, nuestra seguridad y defensa vuelve a estar en nuestras propias manos.

Por último, todos estos rasgos mencionados más arriba coinciden con una creciente marginalidad de la franja mediterránea en las instancias internacionales más relevantes. Por un lado, la OTAN lejos de orientar sus esfuerzos hacia un Mediterráneo altamente volátil e inestable, prosigue su curso hacia centroeuropa y el Este. El centro de gravedad se ha desplazado de Bruselas a Ber-

lín y va más allá todavía.

El mismo fenómeno se experimenta en la Unión Europea, donde los nuevos socios hacen que la institución bascule hacia el norte de Europa y no hacia el sur. De ampliarse aún más la comunidad, con los antiguos satélites de Moscú, el Mediterráneo pasará a ser la periferia de una Europa con problemas muy diversos.

En cualquier caso, se estarán distanciando las visiones y percepciones hasta ahora más o menos comunes sobre el

destino de los pueblos de Europa. España pudo jugar su carta de potencia europea hasta hace dos años, cuando la imagen que se tenía de nosotros era la de una nación rica, dinámica y consistente. Pero hoy, la atención que se le presta a un país despilfarrador, débil y paralizado, es cada vez menos. Sólo nuestra propia fortaleza aseguraría que se nos tomara en importancia y, de esa forma, rompiéramos el cerco de la progresiva soledad con la nos veremos obligados a encarar los retos a nuestra seguridad ■



## Compre ahora su vivienda en las mejores condiciones.

Disfrute de las ventajas especiales que el BBV ofrece a los afiliados al ISFAS.



Llámenos al 900 - 11 22 33\* y le informaremos con todo detalle.

\* Llamada gratuita. Todos los días de 9 a 20 horas.



BANCO BILBAO VIZCAYA